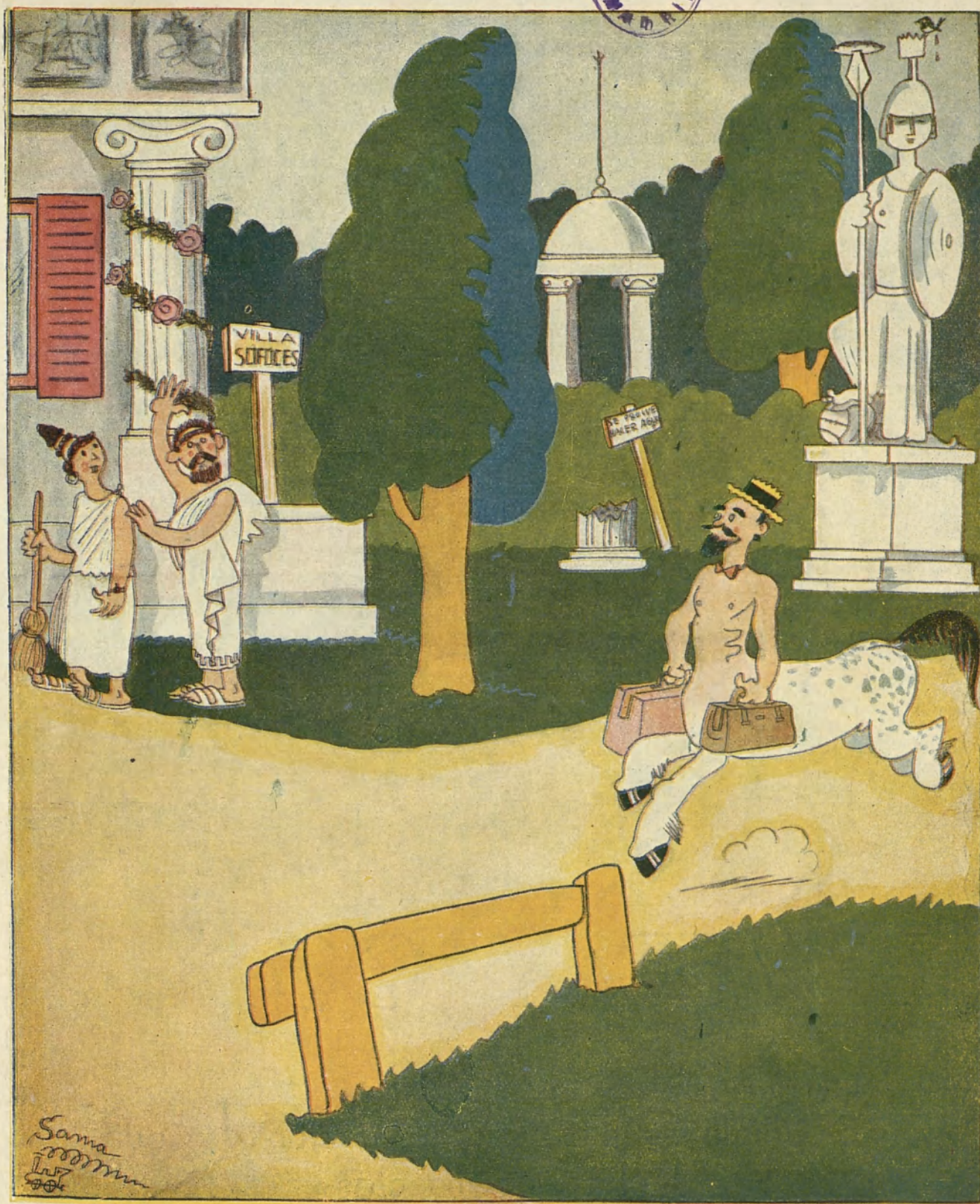


BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—¡Aquí está el huésped que esperamos! Corre a arreglarle la habitación.

—Bueno. Pero ¿dónde va a dormir? ¿En la alcoba o en la cuadra?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA.—Atenas.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos
polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de junio

CUARTA SERIE DE SOLUCIONES RECIBIDAS

Domingo Pascual y Moya.—Madrid.—Dos butacas de cine.
Fernando Rodríguez Jaramillo.—Cádiz.—Una carta con letra de mujer.

"Currito".—Málaga.—La señora se ha puesto equivocadamente el sombrero de su esposo y ha dejado el suyo en la mesa, y cuando, al volver de la calle, lo ve, se cree que es de otra mujer.

J. L. M.—Santander.—La factura del sastre del marido.

P. García.—Zaragoza.—Unos guantes de señora.

José Herrera de Villafranca.—San Sebastián.—Una fotografía en la que aparece el marido con una señorita en la verbera.

Manuel María García Corredor.—Madrid.—Un libro titulado: "Tratado de urbanidad".

Roberto Grande.—Granada.—La caricatura de ella hecha por su esposo.

Ricardo Arauz y Arauz.—Madrid.—Unas medias de señora dos números más pequeñas que las que ella usa.

Gerardo Fernández Fanjul.—Tarragona.—Un kilométrico en donde está él retratado con una señorita.

Luisita Gilabert Sánchez.—Málaga.—La fotografía de una señorita.

M. Costa.—San Sebastián.—Una cédula con el nombre de él, en donde se lee: "Estado: soltero."

Juan Vázquez.—Cáceres.—La paga del mes y... cinco duros de menos.

"El botones".—Barcelona.—Una fotografía de él, dedicada a una señorita.

Lolita Sampelayo.—Madrid.—Un ratón.

Mariano García de Castro.—Santiago.—Un abanico de señora y que no es el suyo.

Serafina Vega de Alonso.—Madrid.—Un libro titulado: "¿Quiere usted aprender a divorciarse en quince días?"

Dionisio Almagro.—Cáceres.—Una carta que dice: "Monchín de mi vida: Vente conmigo y deja a la fiera de tu mujer..."

Emilio Peláez Pascual.—San Sebastián.—El retrato del marido con dos mujeres en la verbera.

Joaquín Marzo Pérez.—Madrid.—La factura de un collar de perlas que ella no ha visto nunca.

"Ki-ki-ri-ki".—Barcelona.—La fotografía de una señorita dedicada al marido.

Jacinto Paradinas.—Almería.—Un libro titulado "El arte de ser bella".

José Luis del Valle y Marín.—Castellón de la Plana.—La factura de los trajes de una señorita.

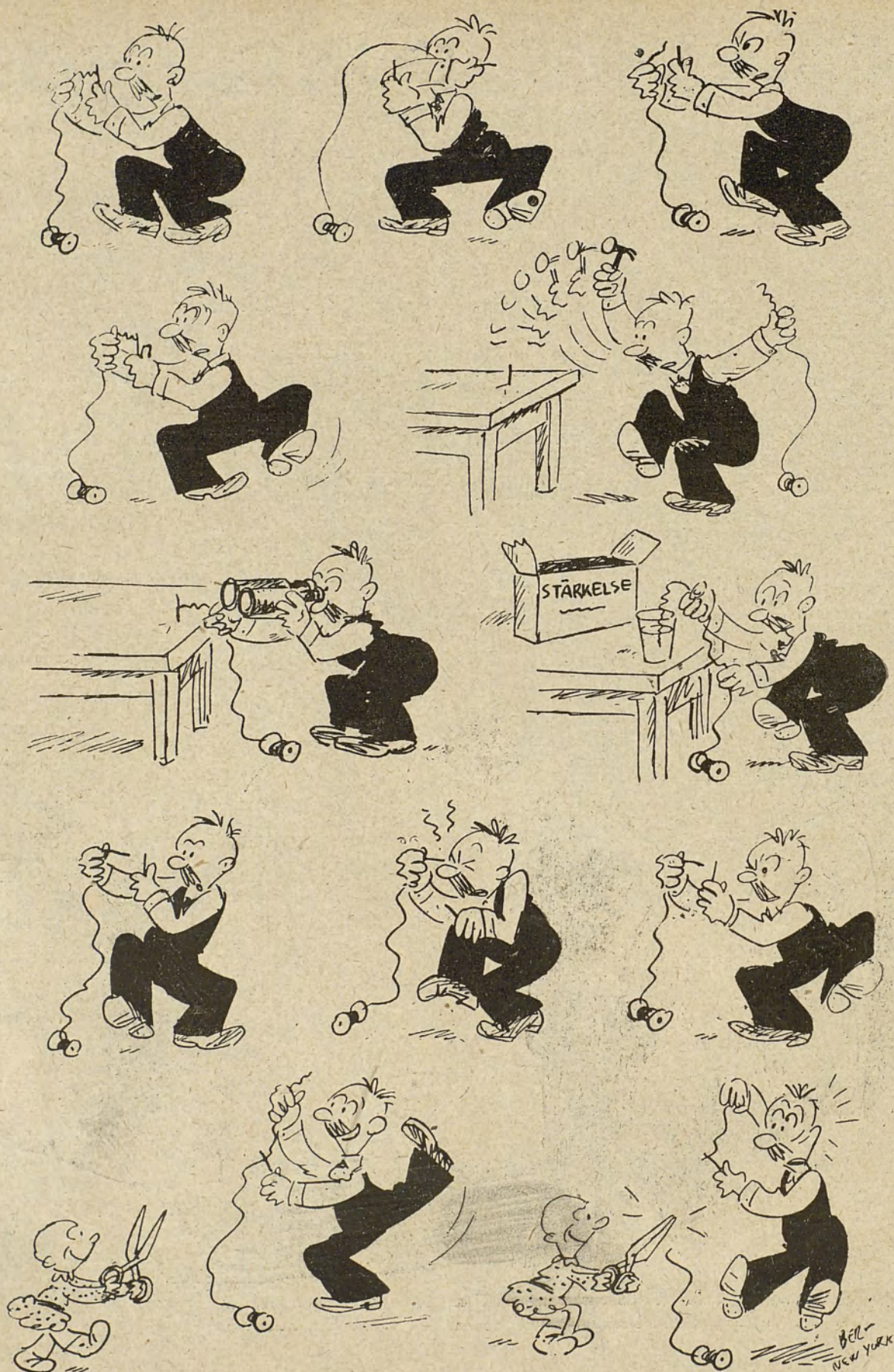
Emilio Márquez de Santillana.—Valencia.—Un traje de baño para una señorita delgada.



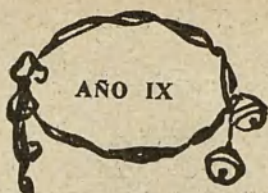
La mamá.—Juanito: ¿qué es esto de encerrarse en el cuarto de baño sin la niñera?

Juanito.—Es que ella se encierra también cuando se baña, y no me deja entrar.

(De London Opinion.)



TIEMPO PERDIDO, por G. Bergström - Nueva York.
Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 27 de julio de 1930



EL VERANEANTE DE VAIVEN

APARECE al llegar estos días, con la misma regularidad y características precisas que cualquiera otra especie de la Historia natural: como el saltamontes, por ejemplo. No es veraneante nada más, porque él, en rigor, no veranea. El veraneante veranea, y en paz; se va a donde sea, se queda allí, y en paz; pero éste que decimos, no va: éste *va y viene*; ni veranea él, ni menos "en paz"... ¡Quia, quia!... Este ejemplar zoológico de que hablamos es un hombre—pero no, no es un hombre: es un "marido"; especie especial del hombre—que tiene a la familia veraneando aquí cerca.

Lo de que la tiene "aquí cerca" es una manera de decir: a veces está en Avila, o en otro cualquier sitio, a noventa o cien kilómetros de aquí, y ha de ir y venir el infeliz todos los días.

Este ejemplar zoológico se distingue ante todo, por la piel; es, a saber, por el traje; suele tener, como, en general, casi todos los insectos veraniegos en el campo, una telilla liviana recubriéndoles el cuerpo, una telilla de lienzo color crudo o color corteza de árbol.

Es efecto, según dicen, del fenómeno llamado mimetismo. Los insectos que viven en los trigos toman el color de la paja; los que viven en los troncos de los árboles o se andan por las ramas, toman el color y el aspecto de las hojas o de pedacillos de corteza vegetal.

El veraneante de vaivén tiene un traje color caqui o color armón artillero; color polvo del camino que tiene que recorrer un día y otro en una tartanita o en un auto; color de la carbónilla del tren que toma a diario.

A veces el traje tiene color "crudo"; es una medida de precaución: como tiene, durante el

verano, que asarse, vale más que esté crudo de antemano; de lo contrario acabará la temporada, en vez de tostado, tostón; y es excesivo.

Este color del traje es un caso, efectivamente, como los de mimetismo, de adaptación al medio; y a la falta de medios. El dueño escogió aquel traje y aquel color de la tela por parecerle "sufrido"; y es que tiene, en efecto, el infeliz, que sufrir lo suyo.

Podrá cualquiera suponer que ha escogido esa clase de trajes por ser frescos, y no por mimetismo; pero no; si encuentran algún ejemplar del veraneante de qué hablamos, observen que lleva

chaleco y chaleco de paño; un chaleco de otro traje, porque el traje de crudillo que ha comprado, comprado en el almacén, consta de americana y pantalón: traje de veraneante.

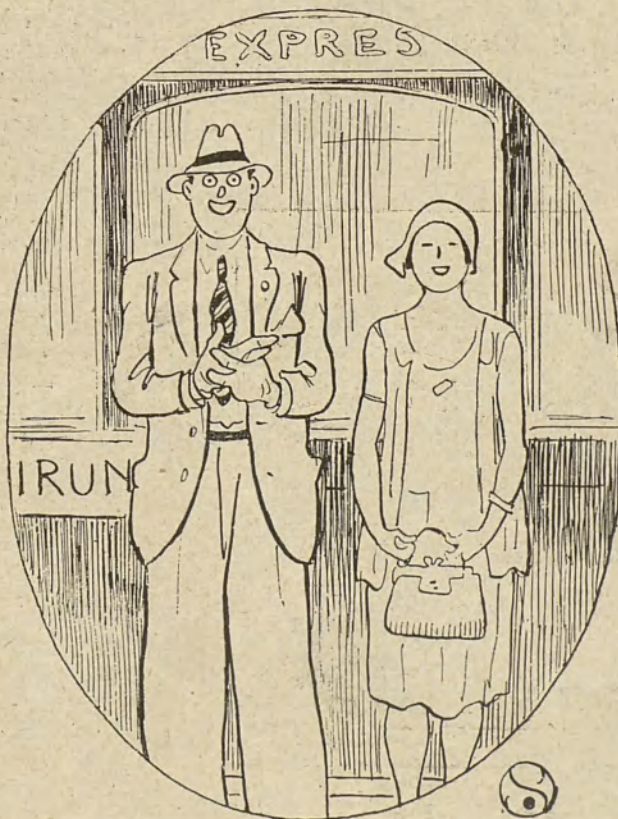
Tiene, para abrigarse, nuestro hombre, que echar mano de un chaleco, aunque la prenda aquella no haga juego; y es que no es, no, cosa de juego para él el veraneo.

Cierto que por el bolsillo del pañuelo, donde lleva también, no la pluma estilográfica—eso es lujo—sino el sujetador de un lapicero (lapicero de anuncio, que tiene las horas de los trenes y los coches del lugar donde veranea, o donde

veranean los demás de su familia); cierto—decimos—que por el bolsillo del pañuelo asoma un abanico, instrumento que no parece avenirse con el síntoma friolero del chaleco; pero es que nuestro insecto no sabe si al llegar, por la noche, al pueblo de la sierra, va a encontrar un aire que pela, o si va, cuando vuelva a Madrid, por la mañana, a tener que sudar la gota gorda. Sabe, quizás, que va a sentir las dos cosas: que se tendrá que abanicar en la estación y acatarrase cuando llegue, a la hora de la cena.

El veraneante de vaivén suele aparecer por los cafés a la hora del almuerzo.

Viene presuroso, resoplando, y con cinco o seis paquetes. En los bolsillos de la americana deformada—que se le ha destefido al lavarla—lleva también envoltorios. El pantalón le está corto, porque el tejido—imitación papel—se le acordeona. Calza botas de suela de cáñamo, con la punta para arriba, como góndola. Lleva, casi siempre en la mano, un sombrerito de trapo: parece que de los recortes del traje se ha despuntado un cucurucho, un guñapillo en forma de cabaña; que le puede servir para todo: para limpiar la mesa del café;

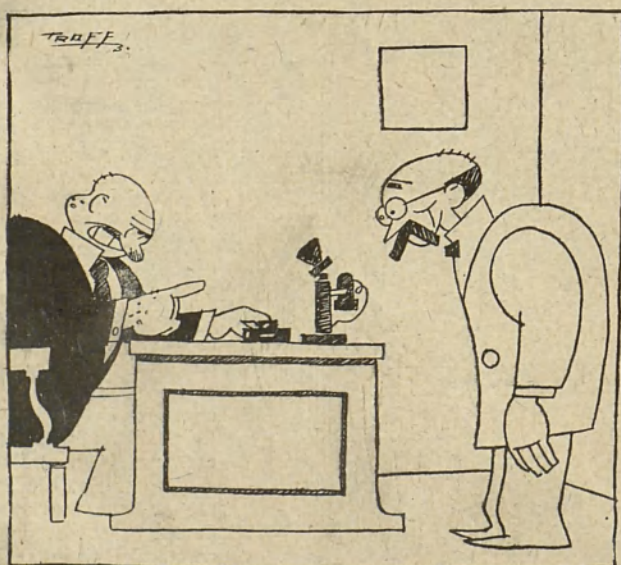


Dib. SILENO.—Madrid.



- Todos los hombres son unos embusteros.
 —Chica, no digas eso; todos, no.
 —Bueno: todos, no; pero los guapos y simpáticos lo son.

Dib. CARBONERAS.—Valencia.



- Vengo a pedirle permiso para ir esta tarde al entierro de un tío carnal...
 —Pero ¿es posible que le queden a usted aún parientes vivos?

Dib. TROFF.—Albacete.

para colar el café, si es necesario; para llevar chufas a los nenes; para todo menos para ponérselo en la cabeza...

Entra en el café muy de prisa: viene ya con los minutos contados, porque se le hizo tarde... Salió de la oficina—porque es oficinista—y tuvo que comprar nueve o diez cosas—café, palillos, purgante para los niños, que tienen un atasco de ciruelas; bismuto para la esposa, que tiene un desatasco, de las aguas; un matamoscas; un balón; una raqueta de tennis—, y se le ha hecho tardísimo. Tiene todavía que comer; que pasarse, después, por su casa para buscar en el baúl una pelerina de la esposa; que recoger en "Kodack" unas fotos de la excursión que han hecho, en burro, los veraneantes del pueblo, y llegar al tren de las cuatro...

Si llega al tren de las cuatro, se pasa sus tres horas en el tren, se baja en el apeadero de las Pozas, de Guadameñal o de Quintilla, y toma allí el coche, que le lleva en media hora—a veces en hora y media—al punto de destino; punto que es punto y coma: coma y acuéstese en seguida de comer, porque tiene que levantarse al otro día alrededor de las cinco si quiere coger el coche que baja al tren de las siete, único tren que ha de tomar como quiera llegar pronto a la oficina.

Cuando no llega al tren, es más dramático. Tiene que ir corriendo a la cuesta de Santo Domingo, de donde sale un autobús que pasa por un pueblo que está cerca, y desde el cual, con sólo andar media legua, puede llegar a su casa a la hora de cenar.

Los días que llega y cena, se sienta a la puerta de casa en una butaca de mimbre, y dice:

—¡Oh, qué aires!... Siquiera aquí se respira...

Pero su esposa no le deja respirar:

—Pero, hijo..., ¡si me has traído una pelerina que no es!...

Entrate de ahí, que te vas a quedar frío y se te va a cortar la digestión...

—Que son las once ya; vete a la cama...

Y tiene que irse a la cama, a dormir...

Bueno, ¡a dormir!... A dormir, según se tercié... Porque al poco de haber cogido el sueño, aparecen los mosquitos de trompeta... Se tiene nuestro hombre que levantar para quemar una pastilla mosquitófuga...

Y al ir a buscar el paquete, el paquete no aparece... Busca por aquí, busca por allá...

—Pero, señor, si lo he comprado esta tarde; precisamente perdí el tren por ir a comprar las pastillas...

Pero hay que reconocer la realidad: como llevaba tantos lios y paquetes, ¡se le han caído en el camino al infeliz las pastillas de los mosquitos!...

MANUEL ABRIL

Para el ingenio solaz de nuestros lectores

Una función de circo por cuarenta céntimos

La peregrina colección de insensateces insólitas que ustedes van a leer en este irreflexivo trabajo requiere una explicación, antes de que ustedes nos la pidan con las armas en la mano (o con la mano en las armas, que es igual, y de todas maneras nos da bastante miedo).

Un servidor de ustedes ha recibido tres cartas. En la primera se queja un lector de que este año no se ha podido reír en el circo, porque todo han sido fieras luchas grecorromanas y ferocísimo cante flamenco y relativamente *jondo*. En la segunda me participa una lectora que su más vehemente deseo sería que en la Radio contratasen un par de *clowns* que animasen un poco el fúnebre humorismo de los conferenciantes consuetudinarios y algo pelmazos que irradian por la onda su traviesa inspiración. Y en la tercera epístola, una nutrida comisión de lectores de ambos sexos me suplica (con un encarecimiento que, si se tratase de patatas, sería intolerable) que vuelva a escribir *las payasadas* que escribía allá por el segundo año de la Dictadura, cuando BUEN HUMOR era un poco más joven y yo un poco menos canoso y barbudo.

Meditando sobre las tres cartas, se infiere que esas honradísimas personas anhelan y añoran la infantil diversión del circo (hoy inasequible para todo el que no pueda irse a Londres); y yo, que soy generoso y consciente, he pensado que todo podía arreglarse proporcionando a esos infortunados lectores unos minutos de solaz circense y payasesco.

Ahora bien: mis medios son escasos, y no puedo responder de que la función sea todo lo brillante que merece el honorable público que me deletrea pacientemente... Pero, en fin, nos apañaremos con lo que nos dicte nuestra descamisada fantasía, y que Dios nos absuelva a todos, como es de esperar que ocurra.

De modo es que voy y digo...

* * *

Estamos en el interior de un circo, en noche de función de gran gala. El coliseo está totalmente lleno de público, de lo que yo me alegro mucho; y la entrada general está llena de moscas, de lo que el público se indigna bastante. Las moscas son corrientes en los circos cuando hay números de caballos, perros, leones, cacañas, acróbatas chinos y otros animales de olor fuerte.

En la pista está MONSIEUR CALAMARD, que es el empresario del local y tiene la manía de intervenir en todos los números

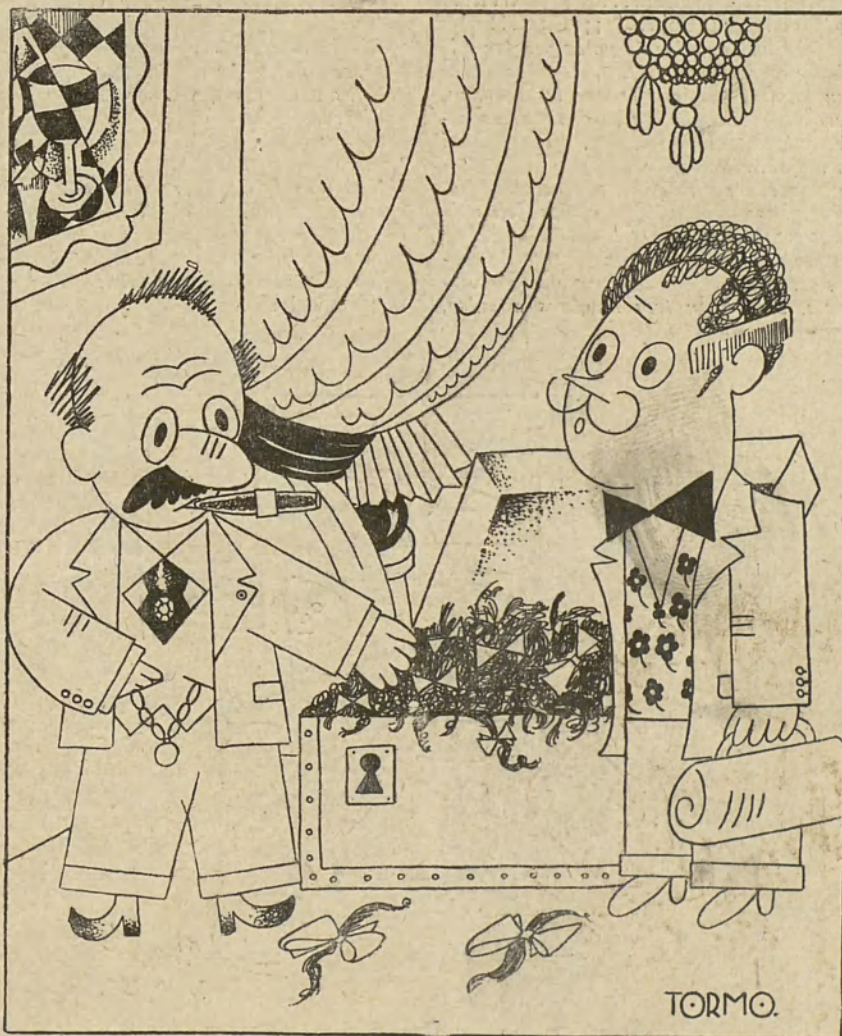
dando explicaciones a los espectadores sobre lo que no es necesario, puesto que ya lo están viendo. A su lado, y cerca de la puerta, hay tres artistas que ya terminaron su trabajo, y que están allí, con su uniforme verde, para ayudar a los compañeros que no han trabajado todavía a colocar sus aparatos y a atar las cuerdas de sus trapecios, como es uso y costumbre, de conmovedora fraternidad,

en todos los circos del mundo civilizado.

Se está empezando la segunda parte del espectáculo, que se desarrolla como ustedes van a ver diáfananamente gracias a mis dotes descriptivas.

LA ORQUESTA.—(Tocando un pasodoble del popular y calumniado maestro Guerrero.) ¡Chín! ¡Chín! ¡Chín! ¡Chín! ¡Chín! ¡Chín! ¡Chín! ¡Chín!

(En la pista, un prestidigitador cata-



—Es usted el barbero, ¿verdad? Pues le he llamado para que dé una fricción de violeta a mis recuerdos sentimentales.

Dib. TORMO.—Madrid.

lán mete un pez en una pecera, la cubre con un pañuelo y, al poco rato, el pez está convertido en un soberbio vaso de vino, manera diplomática de demostrar que un pez pequeño puede convertirse en un principio de "merluza". El público aplaude bondadosamente.)

LA ORQUESTA.—(Tocando la segunda parte del pasodoble del Guerrero aludido.) ¡¡Chín!! ¡¡Chín!! ¡¡Chín!! ¡¡Chín!! ¡¡Chín!! ¡¡Chín!! ¡¡Chín!! ¡¡Chín!!

(El prestidigitador catalán es sustituido por un acróbata polaco, al que, en voz baja, llama Martínez repetidas veces monsieur Calamard. El acróbata da unos saltos que parece que le ha tocado la lotería o que ha fallecido su madre política, y el público lo celebra. Termina el número, y el público lo celebra más.)

LA ORQUESTA.—(Tocando otro pasodoble de Guerrero, aún más maravilloso que el anterior.) ¡¡Chín!!! ¡¡Chín!!! ¡¡Chín!!! ¡¡Chín!!! ¡¡Chín!!! ¡¡Chín!!! ¡¡Chín!!! ¡¡Chín!!!

(Sale un domador de gatos con los minutos correspondientes. Los gatos parecen mansos y hacen lo que les mandan, pero el público hace fú. Unos pocos espectadores, más benévolo, dicen que ni fu ni fa. Se van los gatos y sale un atleta, con una cara de bruto consternadora. El bárbaro éste levanta varias pesas de unos centenares de kilos, suda el quilo de su propiedad al partir un barrote de acero, gordo como una característica de zarzuela, sostiene a tres hombres a pulso,

sostiene a doce, colocados sobre una tarima, y, finalmente, sostiene que él es el único que hace eso, y ofrece mil duros al que le demuestre que lo puede hacer otro. La ovación es ensordecedora, y el gachó se retira encantado y algo derrengado. Después surge un caballo, montado por una amazona algo chata, y da tres vueltas por la pista. Calamard anuncia al público que se trata de un caballo que ha hecho varias carreras, pero los espectadores sonríen incrédulos, porque saben muy bien que el caballo quedaría en ridículo si le examinasen de Derecho romano o de Anatomía. A la cuarta vuelta el caballo se marea.)

CALAMARD.—(Al público.) ¡No hay que darle vueltas! ¡Es el caballo más deportivo que se ha presentado en los circos europeos!

(Termina este número, y un rumor del público anuncia la proximidad del espectáculo sensacional. Son los clowns que se acercan. Un esluvio de ingenuidad infantilísima se esparce por el ambiente al aparecer TONINO y al dirigirse a los tres artistas del uniforme verde. Y sobreviene irremediablemente el intermedio cómico que sigue, y de cuya legitimidad payasesca respondemos.)

TONINO.—(Al primer artista que se encuentra.) ¡Hola, señor! (Se descubre con política, pero con una política que no se parece nada a la que recomienda Romanones.) ¡Buenas noches!... ¿Es aquí la pista del circo?

EL ARTISTA.—Sí, señor.

TONINO.—¡Muchas gracias!... (Se dirige a otro de los artistas.) ¡Oiga, caballero! (Se vuelve a descubrir.) ¡Muy buenas!... ¿Es ésta la pista del circo?

EL OTRO ARTISTA.—Sí, señor.

TONINO.—¡¡Muchísimas gracias!!... (Encamina sus pasos al lugar que ocupa el tercer artista, y le interpela impertinentemente.) ¡Permitame, señor! (Descubriéndose de nuevo, con lo cual queda demostrado, para asombro de las generaciones futuras, que Tonino es más fácil de descubrir que los autores del robo de la lotería de la calle Mayor.) ¡Muy buenísimas noches!... ¿Es, por una casualidad, la pista del circo el confortable sitio donde tengo el honor de estar?

EL TERCER ARTISTA.—Sí, señor.

TONINO.—¡¡Un millón de gracias!... y las tres gracias de Rubens de propina!!!... (Dirigiéndose a monsieur Calamard e interrogándole, como si no hubiera ocurrido nada.) ¡A los pies de usted, caballero! (Se lleva la mano a la cabeza para descubrirse otra vez, y entonces se da cuenta de que se ha dejado el sombrero olvidado en su casa. Yo también me doy cuenta ahora, pero la cosa no tiene gran importancia para que nos preocupemos demasiado.) ¡¡Muy buenas noches, y felices pascuas, mesié Calamard!!... ¿Me hace el favor de desirme dónde narises está la pista del circo?

CALAMARD.—(Con sonrisa fascista.) ¿Pero, después de tantas preguntas, no sabe usted todavía dónde está la pista?

TONINO.—¡Es que yo necesito que me diga las cosas mucha gente..., porque si no, no las creo!... Le voy a poner a usted un ejemplo... (Señalando a los tres artistas, que se están hurgando las narices para hacer tiempo, y me parece que para hacer una porquería.) A mí me dise este señor que a usted le engaña su mujer, y no lo creo...; me lo dise este otro señor, y este otro caballero, y tampoco lo creo...; pero me lo dise usted, y digo yo: "cuando él lo dise, será verdad", ¡¡y lo creo!!...

CALAMARD.—¡Pues no es verdad!

TONINO.—¡Pues entonces no lo creo!...

CALAMARD.—¡¡A mí no me ha engañado nunca mi mujer!! ¿Lo oye usted? ¡¡No me ha engañado nunca!!

TONINO.—¡Ya lo comprendo!... A usted, el día que se la pegó por primera vez, le dijo: "mira que te la voy a pegar", y, ¡claro!, no le ha engañado...

CALAMARD.—¡¡Usted es un sinvergüenza!!

TONINO.—¡No lo crea usted!

CALAMARD.—¿Cómo que no lo crea?

TONINO.—¡Naturalmente!... Hasta que yo no le diga: "yo soy un sinvergüenza", usted no tiene derecho a creerlo... ¡¡Yo soy una persona honorable..., desente..., conosida..., con un oficio..., con una ocupación!!...

CALAMARD.—¡Ah!, ¿está usted ocupado?

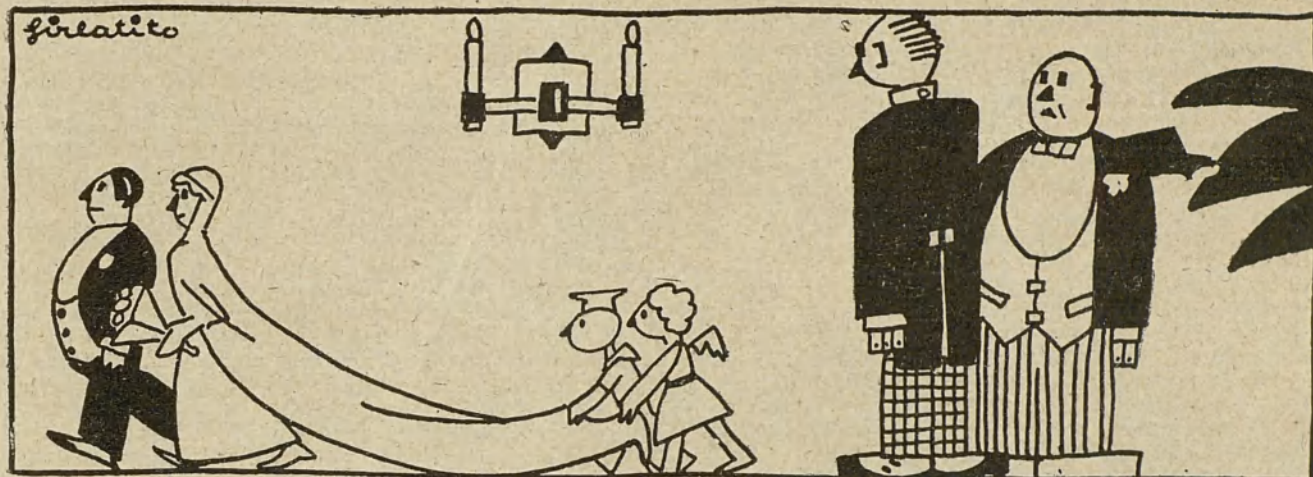


—¿Cómo se llama la estación que hemos pasado?

—No sé, hijo.

—¡Pues es una lástima, porque Juanito se ha quedado allí!

Dib. RABÁ.—Madrid.



—¡Te digo que sí! ¡Es un verdadero matrimonio de amor! El se ha enamorado perdidamente de la dote de ella.

Dib. FIRLATITO.—Cáceres.

TONINO.—¡Ahora, no! ¡Podemos hablar todo lo que usted quiera!

CALAMARD.—¡Pues vamos a ver qué oficio, qué ocupación es esa..., que se da usted tanta importancia!... ¿Usted qué es?...

TONINO.—¡Yo soy suscriptor de *El Debate*!...

CALAMARD.—¡Bueno! ¿Pero usted qué hace?

TONINO.—¡Pues leer el periódico todas las mañanas!... ¡Para eso me he suscrito!...

CALAMARD.—¿Pero usted sabe leer?

TONINO.—¡No, señor!!

CALAMARD.—¡Pues no lo entiendo!

TONINO.—¡El que no lo entiende soy yo!... Pero mi hermanito Pepino sí lo entiende, porque sabe leer..., y me lee el periódico mientras yo me afeito...

CALAMARD.—¿Usted se afeita solo?

TONINO.—No, señor.

CALAMARD.—Entonces, ¿qué barbero le afeita?

TONINO.—¡Hombre! ¿No le he dicho a usted que me afeito yo mismo?

CALAMARD.—¡¡Pero si me acaba usted de decir que no se afeita solo!!

TONINO.—Y usted ¿por qué es tan bruto que no comprende las cosas?... ¡Yo no me afeito solo, porque Pepino está conmigo leyéndome el periódico mientras me afeito yo solo!...

CALAMARD.—¡Hombre, y a propósito! ¿Dónde está hoy Pepino?

TONINO.—Pepino está en Leganés...

CALAMARD.—¡Caramba! ¿Es que se ha vuelto loco?

TONINO.—No, señor. No es más que tonto... ¡Y ha ido allí a ver si, además de la casa de locos, hay una casa de tontos!... ¡Y si la hay, como es tonto, se meterá en la casa!...

CALAMARD.—Pues a mí me parece que

le ha engañado a usted, y que no ha ido a Leganés.

TONINO.—¿Que no ha ido a Leganés? ¡Si no ha ido a Leganés, hago que le metan a presidio..., porque yo le he mandado ir a Leganés y le he dado un perro gordo para el tranvía, y le denunciaré por estafador!... *(En este histórico momento surge en la pista PEPINO, que es el "augusto" de la pareja, y que, como todos los de su oficio, está tan "augusto" con su papel. Trae una jaula con un loro que, por cierto, no hace más que estar lamentablemente inmóvil.)*

PEPINO.—¡Que te crees tú eso..., pero que es una cosa muy diferente a eso!...

CALAMARD.—¡Hola, señor Pepino! *(Le da la mano; pero, como todos los que dan la mano, se la vuelve a quitar otra vez, lo cual, con perdón de los que creen otra cosa, no es dar la mano, sino prestarla, y gracias.)*

PEPINO.—¡Hola, señor Calamard! ¿La familia buena? ¿La señora tan chulapa como siempre? ¿Los niños sin haber nacido todavía?

TONINO.—¿Pero, cómo? ¡¡Miserable!! ¿Tienes la poca vergüenza de presentarte aquí, sin haber ido a Leganés? ¡¡Eres un miserable!!!

PEPINO.—¡El que eres un miserable eres tú, que me das una perra grande para el tranvía!!

TONINO.—¿Pero no has ido ni siquiera a Carabanchel?

PEPINO.—No, porque el letrado del tranvía desía "Carabanchel Alto", y yo no tenía gana de subir escaleras...

TONINO.—¿Y por qué no has ido a Carabanchel Bajo?

PEPINO.—Porque no tenía gana de bajarlas...

TONINO.—Entonces, ¿dónde has estado?

PEPINO.—En la plaza de la Sebadá...

TONINO.—¿Y qué has hecho metido en la Sebadá todo el día?...

PEPINO.—¡Pues comer!... ¡Y he comido muy bien!...

TONINO.—¿Ves como eres un burro, una caballería, una asémila?... ¡Señor Calamard, este animal come sebadá!...

PEPINO.—¡Diga usted que peor hace él, que la bebel!...

CALAMARD.—¡Bueno, bueno, no regañen ustedes! ¡Pelillos a la mar y dense la mano!

PEPINO.—Por mí no hay dificultad... Yo olvido los insultos en seguida... ¡Yo tengo un corazón muy grande..., un corazón enorme!...

TONINO.—¡Y yo tengo dos corazones!... ¡Venga esa mano!...

CALAMARD.—Pero ¿qué está usted diciendo? ¿Que tiene usted dos corazones?

TONINO.—Sí, señor!... ¡Es una invención mía!... ¡Me molestaba tener muchas tripas, y he hecho de tripas corazón!... ¡Y el que yo tenía y el que he fabricado, hasen dos!... ¡Venga esa mano, Pepino!...

PEPINO.—Ahora acabo de ver que tú eres mucho más tonto que yo... Tú te has molestado en fabricar un corazón, y yo no necesito fabricarlos, porque, cada vez que salgo a la calle, robo los corazones que quiero!...

TONINO.—¡Eres un imbécil, pero no quiero volver a reñir!... ¡Venga esa mano, te he dicho!...

PEPINO.—¿Ah, quieres que te dé mi mano?

TONINO.—Para eso te la pido.

PEPINO.—¿Ah, tú me has pedido mi mano?

TONINO.—¡Naturalmente, idiota, que te he pedido tu mano!

PEPINO.—¡Es que, para pedir mi mano, es preciso que veas a mi mamá!...

CALAMARD.—¿Sabe usted, amigo To-

nino, que Pepino tiene la mar de salero?

PEPINO.—¡Justisia que usted me hase! ¡Pero no tiene nada de chocante, porque un Pepino sin sal no lo admiten en ninguna parte!...

CALAMARD.—Bueno, vamos a cuentas... ¿Ustedes siguen con la pretensión de trabajar en este circo?...

TONINO.—Sí, señor... ¡Nosotros somos dos artistas aplaudidos en toda Europa, en Asia, en Oseania, en Andalucía!... Sabemos haser juegos malabares, saltos mortales de nesedad, y trabajamos en las barras fijas... En Berlín y en Viena, cada vez que vamos nos resibe el Ayuntamiento y la Banda Munisipal... Los que no nos quieren resibir son los dueños de las casas de huéspedes, pero, como es gente *sin prinsipios*, no nos importa... ¡En Berlín no ha habido nadie que salte como nosotros; y en Viena no han visto barras fijas como las nuestras... y eso que ya sabe usted que las barras de Viena son las mejores!...

CALAMARD.—¿Y hacen ustedes equilibrios bonitos?

PEPINO.—Sí, señor! ¡Yo hago equilibrios!

CALAMARD.—¿Pero de qué clase?

PEPINO.—De todas clases! ¡Hase nueve años que no gano más que cuatro pesetas diarias..., de modo que figúrese usted los equilibrios que yo tendré que haser!...

CALAMARD.—(A Tonino.) Y usted, ¿qué es lo que hace mejor?

TONINO.—¿Lo que yo hago mejor?... ¿Usted quiere saber lo que yo hago mejor de todo?...

CALAMARD.—Sí, señor.

TONINO.—¡Pues lo que yo hago mejor mejor de todo, es el bacalao a la viscaína!...

CALAMARD.—¡Pero eso no tiene mérito!

TONINO.—También imito animales perfectamente... ¡Hago el gato!... ¡Pero, si hago el bacalao a la viscaína, no puedo haser el gato, porque se lo come en seguida!...

CALAMARD.—Siento decírselo a usted; pero todo eso es muy vulgar y no le gusta a este público.

TONINO.—¡Ah!, ¿a este público no le gusta el bacalao?... ¡Pues la carne cuesta muy cara, y me es imposible traerla!...

CALAMARD.—Es que mi público está acostumbrado a ver trabajos más emocionantes...

PEPINO.—¿Lo dise usted por ese atleta que levanta mil kilos y parte una barra de asero?... ¡Eso es una tontería!... ¡Yo parto un automóvil de asero!...

CALAMARD.—¡Caramba!

PEPINO.—Sí, señor! ¡Yo parto un automóvil de *a sero sesenta y cinco*, de esos que venden para las criaturas!... ¡Y si esto le parese a usted que es poco serio, yo parto otro cosa más importante!... ¡Yo parto un piñón!...

CALAMARD.—¿Y lo dice usted tan tranquilo, como si eso fuese un asombro?...

PEPINO.—Es que el piñón que yo parto es de esos de las máquinas... ¡Un piñón de hierro!... Y, además, hago el experimento cantando *Marina*... Cojo el piñón y empiezo a cantar: "¡Marina..., yo parto!..." ¡Y lo parto en dos minutos!...

TONINO.—¡No te molestes, Pepino..., que con este señor no partes tú un piñón!...

CALAMARD.—¡Desde luego! ¡Yo no admito camelos! ¡Aquí ha habido el mes pasado un artista que se tragaba un sable, pero sin trampa ni combinación! ¡Se tragaba un sable de verdad!...

TONINO.—¡Hombre, eso ya es una cosa muy antigua, muy inosente!... ¡Tragar-se un sable!... ¡Yo hago mucho más!... ¡Yo me trago un guardia con uniforme y todo!...

CALAMARD.—¿Y Pepino también?

PEPINO.—¡No, señor!... ¡Yo a los guardias no los puedo tragar!... (Enseñándole la jaula con el loro.) Pero, si quiere usted un ejersisio emocionante, bonito, original, fíjese en este animal que traigo aquí enserrado...

CALAMARD.—Y eso, ¿qué es?

PEPINO.—¡Esto es un loro! ¡Pero un loro notable, prodigioso, nunca visto!... ¡Este loro hase lo que no hase ningún loro en el mundo!...

CALAMARD.—¿Qué hace?

PEPINO.—¡Pues que no habla ni una palabra!...

CALAMARD.—¡Pero, hombre, esto es una porquería..., esto no se puede presentar ante el público..., está lleno de polvo, sucio, repugnante, viejo!...

PEPINO.—¡Se está usted aprovechando y lo insulta de esa manera, porque



—Tengo la completa seguridad de que le gusto a Carlos.

—¿Por qué?

—Porque le gustan todas.

Dib. PILARCITA.—Madrid.

sabe usted que no le puede contestar!...

CALAMARD.—¿Y sabe usted por qué no habla este loro?

PEPINO.—Sí, señor... ¡Al prinsipio me preocupaba mucho, y lo fui a consultar con un veterinario...; y el veterinario me dijo que no hablaba porque estaba disecado!...

CALAMARD.—Bueno, pues tampoco me convence el lorito.

TONINO.—¿Y la música? ¿Le gusta a usted la música?

CALAMARD.—¡Hombre, sí, señor! ¡La música me gusta mucho! ¡Mi señora es profesora de piano, y entiendo bastante!

PEPINO.—¡Oiga, a propósito de su señora! ¿Es verdad que se la ha pegado a usted con un comisionista de botones para calsoncillos?

CALAMARD.—¡Señor mío: a esa villana indirecta, no se puede contestar más que de esta manera!! (Le aproxima a la faz una apocalíptica bofetada y se retira de la pista. Pepino se echa a llorar con bastante perfección, y Tonino vocifera heroicamente.)

TONINO.—¡Señor Calamard, eso es una salvajada..., esa bofetada es una infamia!... ¡No creo que el desir que a usted se la pega su señora sea un motivo para que usted se la pegue a Pepino!...

PEPINO.—¡Déjalo, Tonino, no vaya a volver y me pegue otra!...

TONINO.—¡Pero hombre, si es que te ha pegado a traisión! ¡Así!! ¡Mira!! (Atizándole la chuleta para que se percate.)

PEPINO.—¡A traisión no se lo hubiera yo consentido! ¡Como me ha pegado es así! (Obsequiando a Tonino con una terta regia.)

TONINO.—¡Y yo insisto en que ha sido así! (Otra chufa a Pepino.)

PEPINO.—¡Que no, hombre, que te equivocas! ¡Te digo que ha sido de esta forma! (Nuevo lapo a Tonino.)

TONINO.—¡La discusión es estúpida, y vamos a dejarlo!... ¿Qué más da que haya sido así (Otra galleta.) que de esta otra manera? (Otro soplamocos.)

PEPINO.—¡Tienes razón!... ¡Me la dé así (Propinando otra castaña a Tonino.) o me la dé así (Infiriéndole el definitivo morrón.), es una ofensa grave que no se me debe olvidar en la vida!...

TONINO.—¡Sí, señor! ¡Hay que tener dignidad!... ¡En cuanto te encuentres con él, le debes agredir así! (Dándole un horrible puntapié.)

PEPINO.—¡Eso es poco! ¡Merese mucho más!! ¡Le voy a dar así!! (Largándole dos patadas eminentes.)

Y como la escena sigue así un par de horas, nosotros opinamos que ha llegado ya el momento de dejarlo.

¿Les parece a ustedes?

¡Pues a otra cosa!...

ERNESTO POLO



Dib. GARRIDO.—Madrid.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

De qué modo hacían las comedias en mis tiempos

(Reinando Carlos III)

¿Que cómo las hice? Escuchen
ustedes y lo sabrán.
Nunca supe hacer comedias

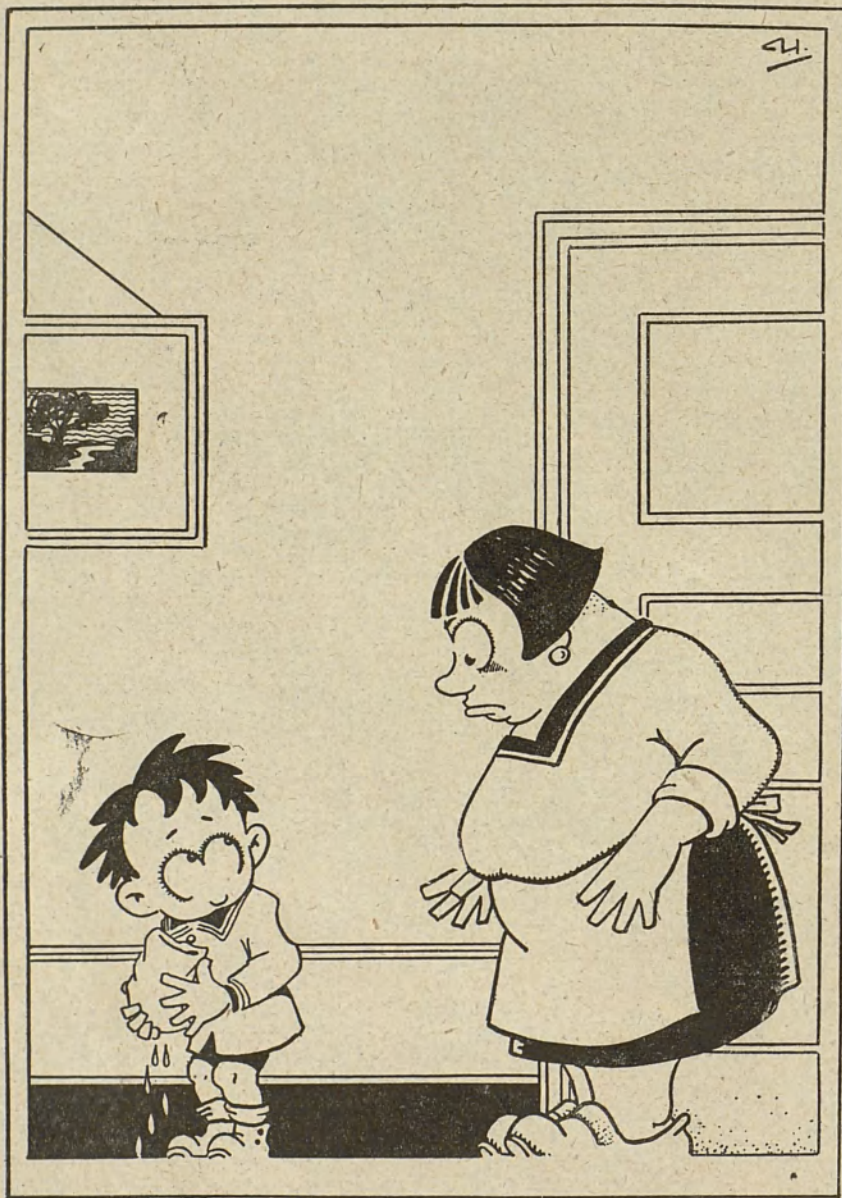
ni creo sea hora ya
de ensayarme en ese género
de tanta dificultad.

Mi ambición consistía
en aprender a imitar
los deliciosos sainetes
que dieron fama inmortal
al ilustre don Ramón
de la Cruz, que a la mitad
del siglo anterior naciera
para ridiculizar
las costumbres y los vicios
de su inculta sociedad
por medio de esas "obrillas"
que alguien suele despreciar.
Pero, infelice de mí.
Dios, que es más bueno que el pan,
con frecuencia castigó
mi audacia y mi terquedad,
porque no escribí un sainete
que, por nefas o por fas,
no saliera un disparate
de tamaño colosal.

MUSICA

Yo escribí los sainetes
de esta manera:
cogía papel y pluma
como cualquiera;
pensé los tipos,
los chistes, las escenas,
dando principio.

Decoración de tienda
(pongo por caso),
dos puertas en el foro
y una de paso;
varios costales
de garbanzos, y encima
queso de Flandes.
¡Mal empiezo, caramba!
Nada; no sigo
sin consultarlo antes
con un amigo.
Y busqué a Ramos,
que me daba consejos
todos muy sanos.
Si el trabajo le gusta
que había hecho
yo me iba a mi casa
tan satisfecho.
Primera escena:
Sale don Policarpo
con doña Tecla;
vienen juntos del brazo
muy cariñosos...



—Dime, mamá, ¿qué querías hacer con los huevos que me has mandado comprar?

—Una tortilla.

—¡Ah, bueno!

Dib. URDA.—Barcelona.

Esto no es verosímil
si son esposos...
Nada; no sigo
sin consultarlo antes
con otro amigo.

—¿Está don Vital Aza?
—Salió a paseo.
Pues de aquí, hasta que venga,
no me meneo.
—¿Podré esperarle?
—Sí, señor; quién lo duda,
y hasta sentarse.

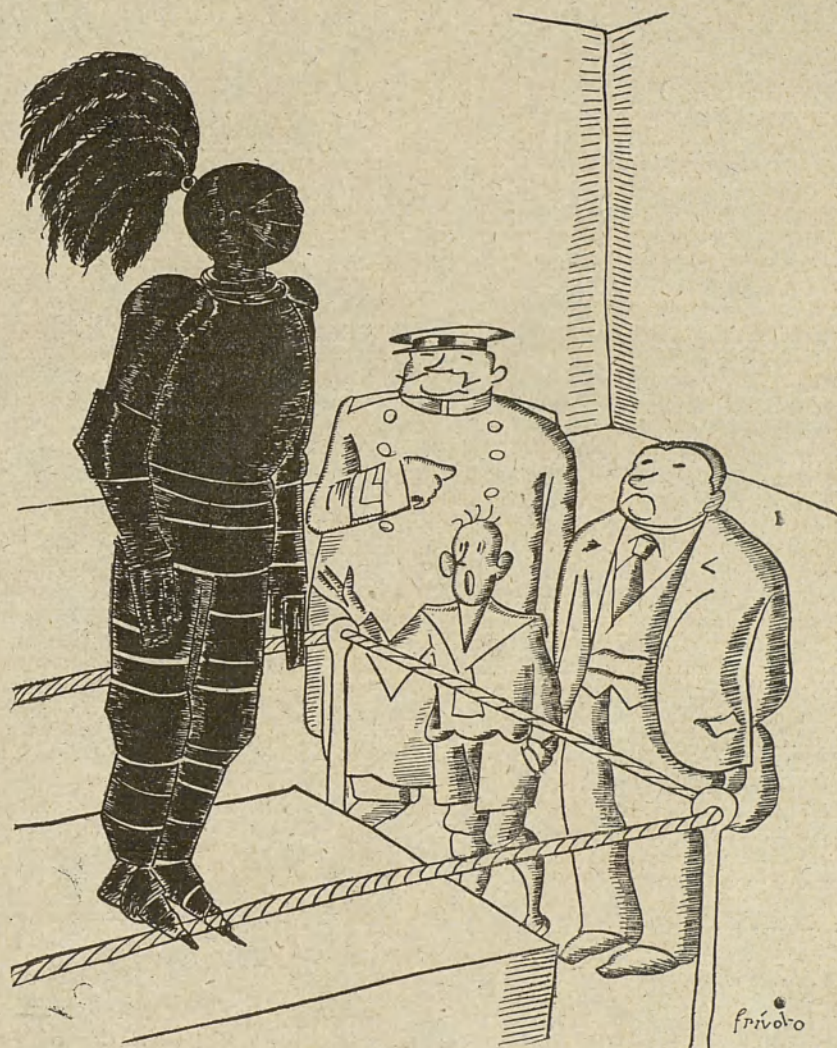
—¡Vital, celebro que hayas
vuelto tan pronto!
Dime si estas escenas
están en tonto.
—Parecen pocas
y ni tontas ni cuerdas
son hasta ahora.
Continúa escribiendo
a ver qué sale.
—Luego, ¿no te disgustan?
—¡Dale, hombre, dale!
Qué tonterías...
—Es que si no te agradan
las hago trizas.

Entro a escape en mi casa
y al chico advierto
que si van a buscarme
diga que he muerto.
Porque es preciso
dar pronto mi sainete
por concluido.

Tecla—sigo escribiendo—
le dice al ama:
—¿Venden acaso en esta
tienda mojama?
Ea, otro atasco...
Ignoro si es mojama
buen castellano.
Guardaré los papeles
en la cartera,
voy a ver qué me dice
Pepe Estremera.
Que es literato
y está en punto a lenguaje
muy enterado.

HABLADO

Y con esta incertidumbre
y con esta vaguedad
y siempre desconfiado
con razón para mi mal,



—¿Y sabe usted para qué llevaban esto?
—Sí, señor: contra los gases asfixiantes.

Dib. FRÍVOLO.—Zaragoza.

invertí en cada sainete
un año y a veces más.
Consultaba a todo el mundo.
Marcé a la humanidad;
y para saber si un chiste
buen efecto causará
lo decía a los amigos,
mintiéndoles muy formal,
que se lo oí en un discurso
a Martos o a Castelar.
Leía (antes de ponerme
a escribir) con gran afán
los sainetes escogidos
de gente de autoridad.
A don Ramón, me le sabía,
a Ricardo Vega, más,
a Javier de Burgos..., ése
como a un hermano carnal.

Quiñones de Benavente
(casi de mi misma edad)
ni un entremés ha compuesto
que yo no pueda citar.
Y una vez que he declarado
con toda sinceridad
la manera que tenía
tan rara de trabajar,
aquí el romance termino;
pero juro, ¡voto a San!,
que he de consultarlo antes
de darle publicidad,
con Arniches, que también
es un amigo leal,
y como él diga que es malo,
es que es malo de verdad.

TOMÁS LUCENO

El cine en broma

HIGINIO GANDULEZ. GETA-FE.—El drama "El cardenal" no ha sido llevado aún a la pantalla, cosa que nos deja algo patidifusos, dadas las altas condiciones que reúne para que pueda lucirse un buen actor, ya que fatalmente el que lo interpretase habría de estar hecho una eminencia.

NAPOLEON BONAPARTE. LEGANES.—Ignoro si Lon Chaney es aficionado al "foie-gras".

TONTO PERDIDO. SANTANDER.—Todo eso de que los actores de cine se hacen ricos en poco tiempo no es más que un camelo imponente. Dígalo si no el caso de Gloria Swanson, que hasta los filetes de vaca que se lleva a la boca son de segunda mano.

UNA ROMANTICA. BARCELONA.—El bigote que lleva Nils Asther lo adquirió en un almacén de Chicago, pero ignoro lo que le costaría. Si quiere usted regalarle uno igual a su novio para el día de su santo, escriba pidiéndolo y seguramente se lo enviarán contra reembolso.

CHARLES CHAPLIN. HOLLYWOOD.—Siento decirle que no sé cuándo acabará de filmarse la película "El circo". De nada.

ASUNCION FOMINAYA. EL DUESO.—Confunde usted a Georges Bancroft con Mary Brian.

INES SOLORZANO. CARCEL DE SEÑORAS.—El que hace de buey en la película sonora "El arca de Noé" es un actor sueco. Desconozco su apellido, pero puedo asegurarle que no se llama Fernández.

ELEUTERIO RIBEROSO. SANGHAY.—El "film" parlante "¡Parroquiana, rabanitos!", en cuyo reparto figuran Greta Garbo, Alice White, el ex presidente Coolidge y un primo hermano de un amigo de Conan Doyle, tiene versión alemana, inglesa y sueca. Lo de si Adolphe Menjou es o no es un sinvergüenza, es también algo sobre lo que hay varias versiones.

UNA PASIONAL. CARABANCHEL BAJO.—Sí, señorita; el perro Rin-Tin-Tin es soltero.

UN ITALIANO. ITALIA.—El Mussolini que las casas norteamericanas sacan dando voces en el noventa y cinco por ciento de sus noticiarios no es el jefe del Gobierno italiano, sino un opositor al Magisterio de Lugo, que es fascista y que se le parece bastante.

UN ROMANTICO CONVULSO. MADRID.—No es cierto que Clara Bow tenga un pecho postizo. Así al menos se lo ha comunicado ella a un pastor protestante al que ha abierto su pecho. (Bueno, esto en el seno de la confianza.)



Harry Langdon, que quiere reverdecir en el cine sonoro los laureles que conquistó en el mudo, recibe lecciones de un caballo recién salido de la Universidad de Haward, que relincha en inglés, francés e italiano.



LOS ANIMALES EN HOLLYWOOD

George K. Arthur—que aparece en la adjunta foto vestido de gorila—cuenta a su amiguito Karl Dane las ventajas que proporciona dicho traje a los que, como él, son perseguidos saludablemente por sus acreedores

EDUARDITO PERILLAN. VALLADOLID.—John Barrymore, al menos, que yo sepa, no tiene familia. Por tanto, creo que esa prima a que usted se refiere debe ser una prima que pagó cuando se hizo un seguro. Sí, sí; estoy seguro.

TEODORO EL ELEGANTE. SORIA.—No, señor. Greta Garbo no tiene los ojos color salmón. Ignoro quién la hace los trajes; pero recuerdo haber oído decir a una criada suya, que la viste una de sus doncellas.

TOMASITO. ZARAGOZA.—La única vez que Harold Lloyd ha trabajado con Phillys Hawer fué hace dos años, en el Rialto de Nueva York.

Estaba anunciada la proyección de "El destino de la carne", y como Janings se indispusiera minutos antes de dar comienzo al espectáculo, Harold se encargó voluntariamente de sustituir por aquella noche a su compañero.

A. CEBERO. CORIA.—La invención del cinematógrafo es posterior a Jesucristo. Los Reyes Magos que salen en "Ben-Hur" no deben ser los auténticos.

MARGARITO GAUTIER. GADALAJARA.—He repasado cuidadosamente el reparto de "¡Viva Badajoz, que a lo mejor es la patria de Colón!", y no encuentro ningún per-

Consultorio cinematográfico

sonaje que se llame Fusó. Por lo tanto, sigo sin comprender cómo dice usted que el protagonista se queda confuso en una escena.

MIGUEL CHANGUITO. BERLIN.—La expresión de dolor que pone Al Jolson en su película "El loco cantor" la consiguió el director del "film" dándole en la nuca con un sión.

SOY SONADORA. POZUELO.—Según declaraciones hechas por las "estrellas" que últimamente figuraron como "partenaires" de John Gilbert, el hecho de que éste se viera obligado a quitarse el bigote obedeció al afán de no hacerlas cosquillas cuando tiene que propinarles el beso final.

RASPUTIN HIJO. TORRELODONES.—No creemos que el actor que sale en el último rollo del concurso de los artistas enmascarados sea Romanones. Tampoco he oído decir que Dolores Costello llevase barba antes de su matrimonio con Barrymore.

WITIZA PEREANTON. MADRID, ZARAGOZA Y ALICANTE.—Ricardito Cortez, cuyo fracaso en el cine sonoro ha sido de esos de no te menea, "filma" actualmente un drama de ambiente ruso, que se titulará: "¡Doy tres toallas en un real!". Terminada su impresión, se ignora si

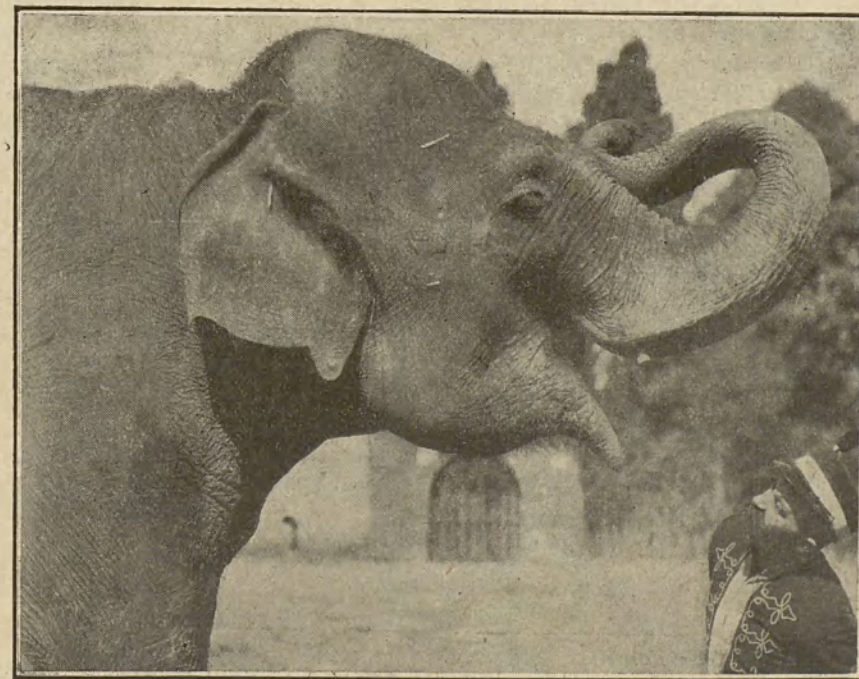
el célebre actor "filmara" nuevo contrato con la "Metro", o si hará oposiciones al Catastro.

EUSEBIO PEREZ. CHAMARTIN DE LA ROSA.—No puedo comunicar a usted la cantidad que gana el gato Félix por trabajar en el cinematógrafo, pero, según informes que me merecen entero crédito, no se le paga en dólares, sino en cordilla.

SECUNDINO TERCERO. DAIMIEL.—Salvo ligeras y pequeñísimas excepciones, los actores americanos son muchachitos muy correctos, por lo que es poco frecuente que haya que repetir escenas en las que se les haya escapado alguna que otra frase gruesa. Sin embargo, para evitar que puedan proferirse ante el respetable público, se ha puesto de moda en los cinemas neoyorkinos colocar un acomodador en la desembocadura del escenario, para que, cuando observe que alguna de las escenas toma mal cariz, salga a la pantalla... y ponga apresuradamente la mano sobre la boca del actor que esté a punto de "introducir la pierna".

DON EUSTAQUIO. CHOZAS DE LA ALHONDIGA.—No, no. James Cruze no desayuna con mazapán.

MANUEL LAZARO



Ejemplo de la influencia que ejerce Hollywood en cuantos llegan a él, es el caso de la "elefanta" Matildita, que no más posar su plantas en el país ha presentado una demanda de divorcio contra cierto elefante que iba en su compañía.

POR MÍ... ¡BUENO!

—¿No sabes que es fácil
—me dice Gutiérrez—
que el mal funcionario
de marras y el jefe
que quiso, rabioso,
formarle expediente,
viajando cual viajan
en autos y en trenes

se encuentren el día
que menos lo piensen?
Y yo le contesto:
—Por mí... que se encuentren.

Después, otro amigo
me dice: —¿No sabes

que están dos diarios
de ideas dispares
tirándose chinás
(perdona la frase),
y a fuerza de insultos
haciéndose sangre?
¿No ves que se tratan
con furia salvaje?
Y yo le respondo:
—Por mí... que se maten.

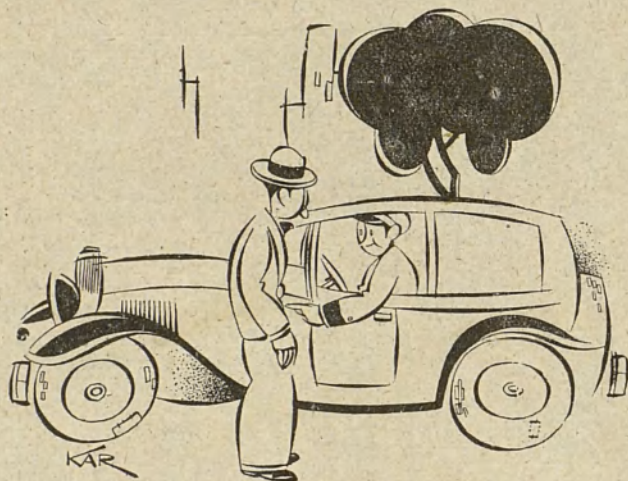
—¿No sabes, querido,
—me dice Luis Torres—
que los habitantes
de Valdepeñoles,
oliendo que pronto
va a haber elecciones,
por más que no ignoran
que es Pérez buen hombre,
desprecian a Pérez
y apoyan a López?
Y yo le contesto:
—Por mí... que le apoyen.

—Juanito, ¿no sabes
—me dice Mercedes—
que la cocinera
se encuentra en un brete,
pues dice que ignora
si tú no apetece
la mecha en los guisos,
y está, con Irene,
mechando la carne
que vas a comerte?
Y yo la respondo:
—Por mí... que la mechen.

Después me preguntan:
—Juanito, ¿no sabes
que, tras el piadoso
perdón de los padres,
al fin Mariquita
va pronto a casarse
con el individuo
que gentes mordaces
raptor le han supuesto
sin pruebas bastantes?
Y yo les contesto:
—Por mí... que se casen.

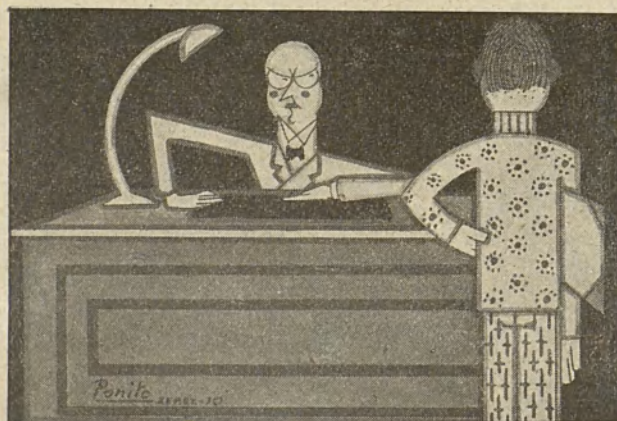
—¿No sabes que el viernes
—por fin, me preguntan—
en cierta Embajada
(y al son de las burlas
de toda la gente)
sacó una rotura
tremenda en el fraque
Pepito Pezuñas,
danzante sin lacha,
qué el diablo confunda?
Y yo les respondo:
—¡Por mí... que lo zurzan!

JUAN PEREZ ZUNIGA



—¿Cuánto me cobraría usted por llevarme a pasear?
—Hombre..., según el tiempo.
—Un día que haga sol.

Dib. KAR.—Valencia.



—Estoy conforme con que no me publique mis dibujos; pero es ya demasiado.

—¿Qué dice?

—Pues que le mandé a usted cuatro, y me ha devuelto seis.

Dib. PONITO.—Jerez.



—... Porque “ustés” sabrán lo que es metáfora.

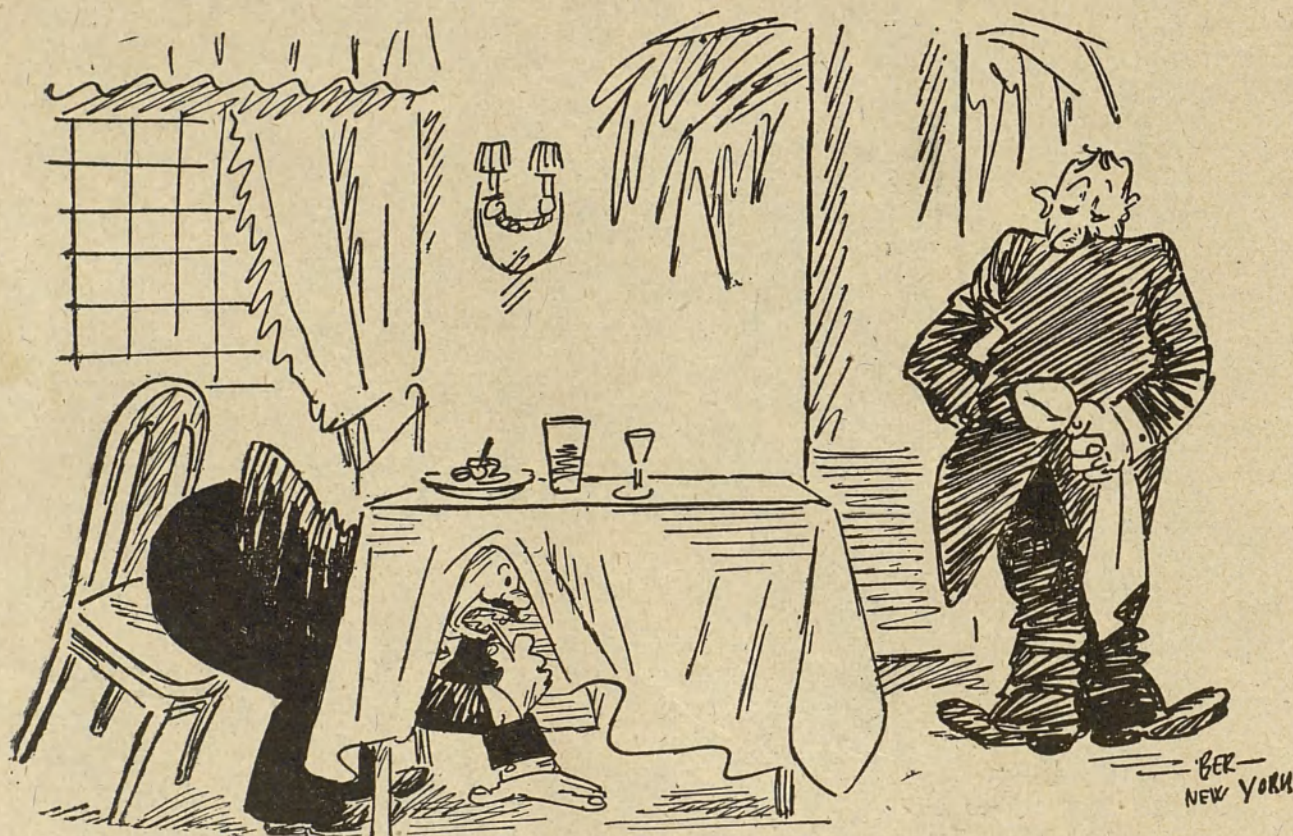
—¡Calle “usté”, por Dios!..., que la tuvo mi chico el año “pasao” y estuvo a la muerte...

Dib. CASERO.—Madrid.

CONCURSO

DEL

MES DE JULIO



El concurso que ofrecemos a nuestros lectores para el mes de julio es el siguiente: Nuestro ilustre colaborador el formidable sueco *Bergstrom* nos envía desde Nueva York, donde reside actualmente, el mono que en esta página reproducimos. Por olvido del dibujante, el mono viene sin pie. El concurso, pues, consiste en dar un premio de

CIEN PESETAS

en billetes o metálico, al ingenioso lector de *Buen Humor* que nos remita la leyenda más graciosa y que más expresivamente sirva la escena representada en el dibujo.

El plazo de admisión de soluciones terminará el día 31 de julio.

¿Un proyecto de "Buen Humor" llevado a la práctica?

En su sección de informaciones municipales, la Prensa madrileña ha publicado una propuesta de un concejal, el señor Sagaseta, presentada al Ayuntamiento de esta corte, sometiendo a estudio del Municipio la conveniencia de instalar en Madrid un mar artificial, incluso con oleaje, en el estanque del Retiro.

Se ha de adjudicar la paternidad de semejante idea a la revista BUEN HUMOR. En efecto, en el número 295, correspondiente al día 24 de julio de 1927, nuestro semanario publicaba un artículo exponiendo tal proyecto.

Por si sirve de asesoramiento para sus deliberaciones a la Corporación municipal, reproducimos el trabajo aparecido en aquella fecha.

Madrid, con mar

Cuando el ser humano, que ya es sabido vive más de ilusiones que de realidades, no consigue una cosa auténticamente, le queda siempre un consolador recurso: la simulación (Ejemplos: El artista ful, a quien no aplaude el verdadero público, queda satisfecho con los ovaciones de la claque. De esta especie de sujetos hay gran abundancia. La mujer no guapa, para simular la belleza de que carece, se pintarraja el rostro. Muchas personas que no pueden adquirir joyas verdaderas, las usan falsas.

Madrid carece de mar real. Pues bien, he aquí nuestro proyecto: A falta de mar auténtico, fabriquemos uno falsificado. La verdad es que ello no constituye una novedad. En la culta Alemania hace largo tiempo que así lo realizaron.

Ya habrá supuesto el lector el emplazamiento del futuro mar de la corte: el estanque del Retiro.

Nuestro plan consiste en, por los procedimientos que seguidamente detallamos, trocar ese tranquilo charco de agua dulce en una playa marina, de tan exacto aspecto, que nadie notará, lo aseguramos, se trata de una imitación.

Para dar el efecto de mar, habrá en dicho sitio oleaje permanente. El agua será salobre. Existirá arena de playa en las orillas. Aparecerán peñascos llenos de cangrejos de mar. Los niños hallarán conchitas en el suelo. Durante el verano, se colocarán casetas y se admitirá asimismo a buen número de bañistas con maillot. Los sábados serán confeccionadas modestas galernas. Todo esto a un coste muy económico, así como si dijéramos a precio de saldo.

Si se pretendiese ver naufragios, tem-

pestades horribles y trombas de agua de cien metros de altura, claro está que también podrían lograrse; ahora que sería preciso abonar entonces una mayor suma de dinero. Ya es sabido que, en todas las ocasiones, los lujos se pagan.

Explicemos la fórmula para obtener tan magníficos resultados. Con una máquina de largas hélices, al agitar las

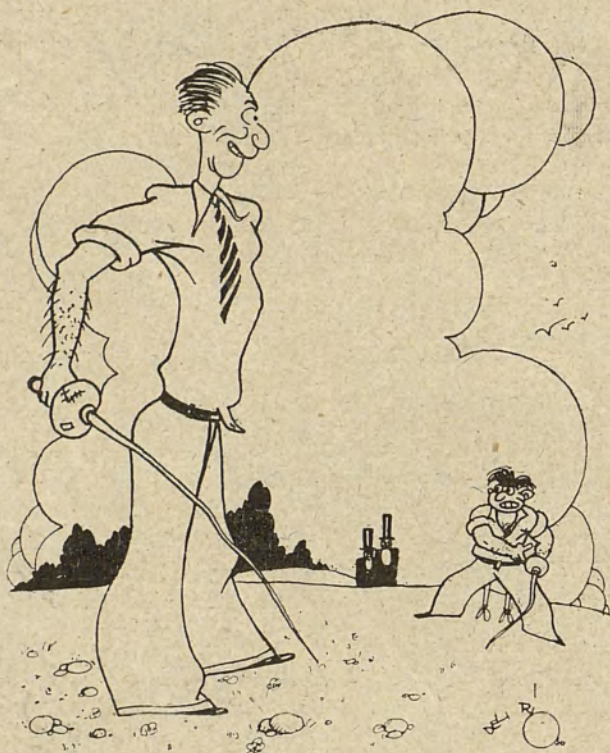
aguas en su movimiento, puede simularse el oleaje. Para conseguir la salobridad del líquido, basta simplemente lanzar en el estanque abundante sal. Remesas de cangrejos de mar y conchas, que nos enviarían desde diversos puertos, serían distribuidas a lo largo de las márgenes por empleados del Municipio. Las bañistas podrían elegirse entre las segundas



—¿Y cómo dices que Ramón es hermano de leche tuyo, si él se crió en Sevilla y tú en Cuba?

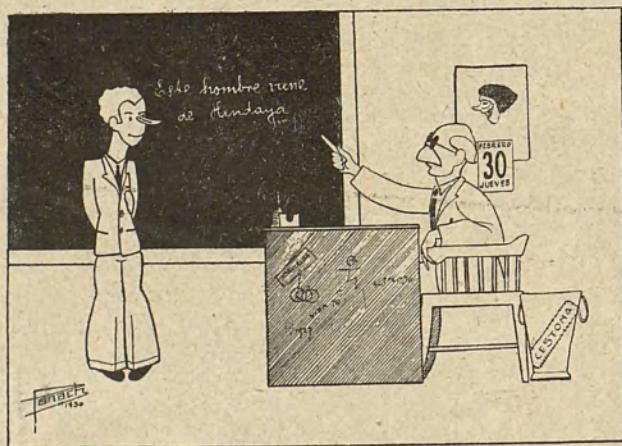
—Porque nos criamos con leche condensada de la misma marca.

Dib. SANTA.—Madrid.



—¡Maldición! ¿De dónde han sacado esta birra de espadas?
—No le extrañe. ¡Como son de "lance"!

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



—Fíjate, hijo; hemos puesto: "Este hombre viene de Hendaya." Dime ahora: ¿por qué hombre se escribe con "h"?

—Por etimología.

—¿De dónde viene?

—De Hendaya.

Dib. PANACH.—Valencia.

tiples mejor formadas de los diversos teatros de la corte.

Hagamos unos pocos números, con objeto de conocer cuántas pesetas se precisan para el sostenimiento de un mar de imitación:

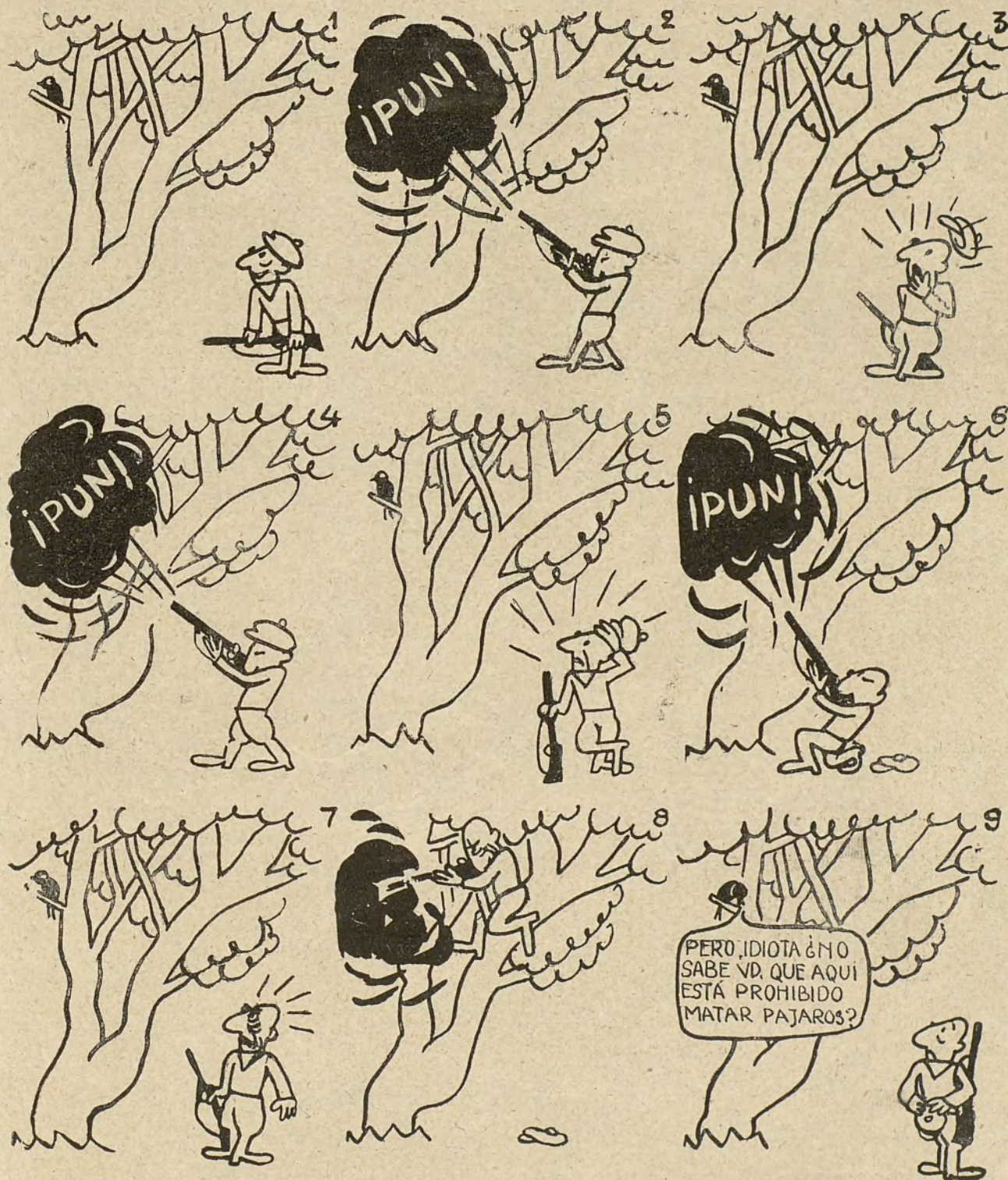
COSTO	Pesetas
100 kilos de sal diarios.....	7.300
Valor de una máquina para hacer el oleaje artificial...	100.000
Valor de otra máquina para confeccionar galernas.....	50.000
Para compra de cangrejos de mar. (Estos crustáceos se colocarían sin cocer).....	25.700
Para compra de conchitas....	18.000
Valor de casetas, peñascos y transporte de arena.....	25.000
Nómina de personal.....	125.000
Pagos a bañistas por su actuación	39.000
Diversos	10.000
Total.....	400.000

Es decir que, considerando las personas que viven en Madrid en la cifra de un millón, correspondería abonar a cada habitante cuarenta céntimos en el primer año de existencia de mar falso, y las demás anualidades, amortizados ya los importes de máquinas, casetas, etc..., el ciudadano tan sólo tendría que satisfacer la ínfima suma de *veintitrés céntimos* cada 365 días. No creemos que pueda hallarse ocasión de encontrar un mar más barato.

Y como no habíamos tenido oportunidad de presentar nuestro plan al Municipio madrileño, nos complacemos en desde aquí, someter a estudio de dicha digna Corporación este proyecto de BUEN HUMOR...

LUIS ESTEBAN

Al escribir las presentes líneas, ignoramos la suerte que podrá correr dicha propuesta. Este semanario celebraría infinito que su proyecto se llevase a la práctica. Julio Verne, en sus escritos, pronosticó el invento del submarino. A BUEN HUMOR le complacería mucho haber actuado de precursor respecto a la invención de un mar artificial instalado en la corte.



EL CAZADOR

Historieta de Fuente.



El pintor municipal.—¿Me permiten ustedes que coloque en el banco este letrerito?

(De London Opinion.)

CHISTES DE TODO EL MUNDO

—¿Has perdido una peseta? ¿Qué me das si te ayudo a buscarla?

—Te doy diez céntimos... y si no me ayudas te daré treinta.

(De Fligende Blaetter, Munich.)

—Escucha, papá: yo puedo hacer una cosa que tú no puedes.

—¿Qué es, hijo mío?

—¡Crecer!

(Del Travano, Roma.)

Un abogado, defendiendo a un huérfano de cuatro años, lo llevó ante el Jurado, y durante su discurso lo tuvo en sus brazos.

El muchacho empezó a llorar, y sus lágrimas y la elocuencia del abogado conmovieron a todo el Jurado.

El abogado contrario, preocupado por la compasión despertada en el Jurado, preguntó al chiquillo:

—¿Por qué lloras?

—Porque me está pellizcando—contestó el pequeño.

(De Fann, Viena.)

El boticario.—Sí, señor: con un frasco de esta medicina se cura usted el reumatismo.

El cliente.—¿Y cómo lo sabe usted?

El boticario.—Porque ningún cliente ha vuelto por un segundo frasco.

(De Monmouthshire, Beacon.)

—¿Quieres otro pastel, Pepito?

—No, mamá.

—María (a la doncella), ¡telefonee al médico que venga inmediatamente!

(De Nebelspalter, Zurich.)

El capitán.—Mucho cuidado con este polvorín. El año pasado, por un descuido del centinela, volaron doce hombres en pedazos.

El centinela.—Eso no puede suceder ahora.

El capitán.—¿Por qué?

El centinela.—Porque no somos más que dos.

(De Moustique, Charleroi.)

El juez.—Usted ha robado huevos en la tienda de este hombre. ¿Tiene usted algo que alegar?

El acusado.—Sí, señor; los robé por equivocación.

El juez.—¿Cómo fué eso?

El acusado.—Creí que eran frescos.

(De Lustige Blaetter, Berlín.)

La mujer.—Las estadísticas prueban que el matrimonio es un preservativo del suicidio.

El marido.—Sí; y las estadísticas prueban que el suicidio es también un preservativo del matrimonio.

(De Richmon Herald.)

La madre.—¿Te gustaría que te regalaran el día de tu cumpleaños un pastel con diez velitas, una por cada año de los que cumples?

El niño.—¿No sería mejor una velita con diez pasteles?

(De Kentish Observer.)



CUENTOS JUDÍOS

Salomón y Moisés son tratantes de ganado. Rivales desde hace muchos años, deciden un día asociarse. Se encuentran en casa del notario con el fin de firmar el contrato. Terminada la lectura de éste, Salomón no parece muy satisfecho.

—¿Qué tiene usted, señor Salomón?—pregunta el notario.

—Nada.

—No le creo. Dígame qué le pasa. Usted aporta el mismo dinero que el señor Moisés y tiene los mismos derechos que él. ¿Se cree usted perjudicado? Dígalo de una vez.

—Quisiera que añadiera usted una última cláusula, señor notario.

—¿Cuál?

—Que, en caso de quiebra, nos repartiremos por igual los beneficios.

En Rusia, Avrom va a buscar a su vecino Chayim, y le dice:

—Oye, Chayim: tú eres rico y yo soy pobre. Tienes que repartir conmigo tu fortuna.

—No me opongo a ello, Avrom.

—Tienes dos caballos. ¿Me das uno?

—Sí, Avrom.

—Tienes dos vacas. ¿Me das una?

—Sí, Avrom.

—Tienes dos gallinas. ¿Me das una?

—¡Ah, eso no, Avrom!

—¿Por qué no? ¿Por qué consientes en darme un caballo y una vaca y te niegas a darme una gallina?

—Te lo voy a decir, Avrom: porque no tengo más que un caballo y una vaca y, en cambio, tengo dos gallinas.

Dos judíos cruzan la ciudad, de noche, cuando oyen a lo lejos los ladridos de un perro.

—Ven, tomemos otro camino.

—¿Por qué?

—¿No oyes ladrar a ese perro? Seguramente es un perro malo.

—No, hombre, no. Ya sabes que perro que ladra no muerde.

—Bueno, eso lo sabes tú. Pero ¿lo sabe él?

Mendel va un día a casa del señor de la aldea y manifiesta su deseo de hablarle. El administrador se informa del objeto de su visita.

—Dígame al señor conde que traigo la letra que tiene que pagarme hoy.

El administrador transmite el deseo de Mendel al lacayo, el cual habla al segundo lacayo, y éste al primer lacayo, el cual pone a su amo al corriente del caso.

—Dígame que entre—dice el conde.

La orden sigue su camino a la inversa, y Mendel, pasando de mano en mano, llega a presencia de su deudor.

—¿Qué deseas, Mendel?

—El pagaré que me firmó usted vence hoy, señor conde, y vengo a entregárselo a cambio de los diez mil rublos que le presté.

—Enséñame ese pagaré.

Mendel obedece. El conde lo coge y lo rompe.

—Nadie dirá, Mendel, que un cristiano debe nada a un judío.

Y ordena que hagan salir a Mendel. El primer lacayo lo pone en manos del segundo, el cual se lo pasa al tercero, el cual lo conduce ante el administrador, que ordena al guardián que lo eche de la casa.

Fuera aguarda a Mendel un amigo.

—¿Qué Mendel? ¿Te ha pagado el conde su deuda?

—No. Pero hay en esta casa un orden como no he visto cosa igual en mi vida.

Tres judíos han sido condenados a muerte por hacer propaganda socialista. Dos de ellos han sido colgados ya, y el verdugo se dispone a pasar al tercero la cuerda por el cuello, cuando un cosaco viene corriendo y grita:

—¡Alto, alto! El zar lo ha indultado.

El verdugo dice entonces al judío:

—Márchate, judío. El zar te ha indultado.

Pero el judío no se mueve.

—¿Qué esperas? Te digo que puedes marcharte, que eres libre.

El rescatado sigue sin moverse.

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—Dígame—pregunta el judío, mirando a los dos ahorcados—: ¿qué va usted a hacer de sus trajes?



El propietario.—A mis gallinas las he enseñado un pequeño “truck”; cuando alguna pone un huevo, ella misma iza la bandera para avisarme.

(De The Humorist.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente supón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Lección de Historia Sagrada:

—Decía usted, padre, que en el paraíso vivían desnudos Adán y Eva en compañía de toda clase de animales.

—Sí, hijo.

—Entonces, ¿de qué se alimentaban las polillas que se comen los trajes?

Hércules.—Enguera.

—¿Cuál es el animal más fuerte?

—El hormigón armado.

Trigémimo F. C. (Corera, (Logroño).

Entre domésticas:

—Oye, Blasa, ¿tú sabes qué es eso del Polo Norte?

—Yo, chica, no lo sé muy

ALBERTO Pulseras de pedida. 7. CARRETAS. 7

bien; pero creo que es un sitio que está tan lejos, que muchos de los que van se mueren antes de llegar.

—Pues ya ves, eso creía yo también, pero me he convencido de lo contrario.

—¿De qué?

—De que está cerca, porque mi señorito, todas las tardes cuando se va dice a su mamá: "Me voy al polo", y a las ocho lo más ya está en casa.

Manuel Salgado.—Madrid.

Dos individuos discutían acaloradamente la genealogía de sus apellidos:

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

El doctor.—Debe usted tomar un vaso de agua todas las mañanas.

El paciente.—Ya lo hago así; pero mi patrona le da el nombre de café.

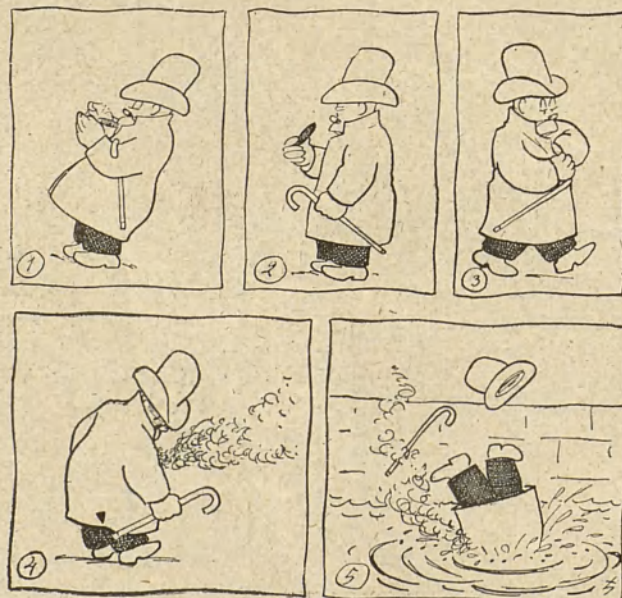
Dionisio el Guardia.

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



HISTORIA DEL FUMADOR

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

CUPON

correspondiente al núm. 452 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

—¡Nada hombre!—decía uno—. Yo te digo que los apellidos más antiguos son los míos, o sean Pérez y Gómez.
—Hasta que no me lo demuestres no lo creo—contesta el otro.

—¡Pues verás! Es muy sencillo. Cuando Dios entregó a Adán y Eva el Paraíso les dijo al llegar al árbol prohibido: "Adán, si "gomez" estas manzanas, "perez-eras".

K. K-U-ET.

Ventiladores

LOS MEJORES. LOS MÁS
ECONÓMICOS. CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. — MADRID

El doctor.—Es necesario que deje usted todo trabajo de cabeza durante unas cuantas semanas.

El paciente.—Pero, doctor, si es mi manera de ganarme la vida.

El doctor.—¿Pues qué es usted?

El paciente.—Soy peluquero.

Milano (Algeciras).

En una fábrica de explosivos entra un individuo a cobrar una factura. Y mientras espera que le llegue su vez, enciende un puro y se pone a fumar tranquilamente. Pero, al instante, se le acerca un empleado y le dice:

—Oiga, caballero, ¿no ha leído usted el letrero que hay en la puerta?

—No, señor. ¿Qué dice?

—Que "se prohíbe entrar fumando".

—¡Pero es que yo no he entrado fumando! ¡Me he puesto a fumar cuando ya llevaba un rato dentro!

Manuel de Málaga.

—¿Qué parecido hay entre una compañía ferroviaria y los estancos?

—En que tienen puestos en circulación mixtos muy malos.

H.2 O.2—Ceuta.

Entre rateros:

—¿Para qué has comprado ese periódico de modas?

—Para saber en qué parte se van a llevar los bolsillos... y no trabajar a ciegas.

Un principiante.—Vigo.

Confesando:

El padre.—¿Cuántos dioses hay?

El baturro.—Uno.

—¿Y personas?

—"Muchismas", padre.

—Digo divinas, hombre.

—Lo que se llama "rialmente divina", sólo "conozgo" a la hija de la estanquera.

Tranquilo (Zaragoza).

—¿En qué se parece una taberna a una piedra esmeril?

—En que de las dos salen chispas.

Honorato Jayo (Bilbao).

Entre gitanos:

—Oye, ¿no sabes que ha tenido la reina un reñiyo?

—¡Pero miá que eres bruto! ¡Se dice un infame!

La pandilla de Mari Pepa.

—¿Cuál es el concurso que es más que concurso?

—Las carreras de caballos, porque es concurso hí-pico.

E. Rodríguez (Albacete).

En una calle estrecha había una mula atada a una reja.

Iba a pasar un hombre y se detuvo, temeroso, hasta que

el dueño de la caballería le dijo:

—Pase usted, pase usted, que es segura.

—Pero ¿qué es segura: la mula o la coza?

K. K. O.

Un buen aviador:

"Torerito de Pozuelo", corrida que toreaba, cuando no estaba en el suelo, por los aires se encontraba. Era bastante ignorante con el estoque y muleta; y, la cosa más chocante, saltaba como un atleta. Comentando cierto día la desgracia del torero, decía doña María a su amiga Paz Romero: —Equivocó la carrera; no tiene arte ni valor. ¡Es lástima verdadera que no sea aviador!

León Cembrano (Madrid).

Entró una gitana en una tienda de tejidos y pidió al dependiente que le enseñara unas cuantas piezas para elegir un vestido.

Sacó el dependiente las piezas y, en un descuido de éste, cogió una la gitana y se la llevó. Vuelve el dependiente, y, al notar que había sido víctima de un robo, sale corriendo en busca de la gitana, dándole alcance, y le dice:

—¡Oye, trae p'acá la pieza que te has llevado!

A lo que contestó la gitana:

—¡Calla, desconfío, que es que la voy a ver a la clariá!

Juan Carrasco (Sevilla).

Un caballero entra a un estanco y pide un cigarro sin adulterar de 2,50.

El dependiente.—De 2,50 no tenemos más que cigarros puros.

El caballero.—Hombre, pues precisamente es lo que yo deseo.

Ignacio Oller Fernández.

Clase de Historia:

El maestro.—Juanito, ¿en qué batalla pereció el rey Gustavo de Suecia?

Juanito. — Estoy seguro, maestro, que fué en la última que dió.

No me olvides (Cuba).

Hallándose un joven en los últimos momentos de su vida, mandó llamar a dos prestamistas y les dijo:

—Colocaros uno a mi derecha y otro a mi izquierda, para tener el consuelo de morir como Jesucristo: entre dos ladrones.

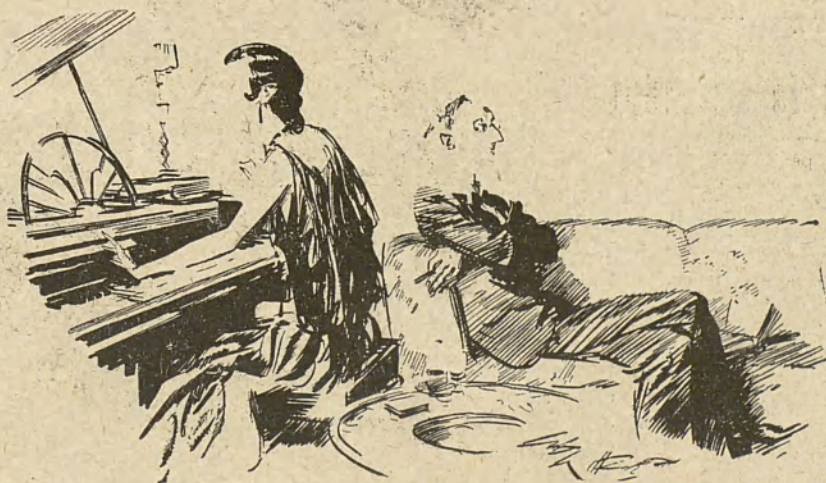
K. Melitos (Castellón de la Plana).

—Camarero: se me ha caído un duro, y está debajo de este mueble. Si lo halla, me lo dará.

—¿Y si no?

—Se lo guarda.

Benjamín López (Madrid).



Ella.—Es extraño lo que me sucede; pero cuando toco el piano me siento extraordinariamente melancólica.

El.—Y yo también.

(De The Passing Show.)



Correspondencia muy particular



Pascuala (Santander).

Pascuala, escritora amena, no acertó. Porque Pascuala, creyendo hacer cosa buena, hizo una cosa muy mala.

C. L. Bartús (Madrid).—De los seis que envió usted, se admitieron tres, en un momento de desesperada generosidad.

Picazo (Málaga).

La narración de Picazo, titulada "Mala muerte", se merece un estacazo, pero un estacazo fuerte!...

Torrentbó (Murcia). — Los tres "monos" están bien dibujados, pero los ha mandado usted sin pie; y, sin este requisito, es imposible publicarlos. Ya lo sabe usted para otra vez.

Enriquín (Madrid).

Como poeta, Enriquín, eres algo malandrín.

E. L. P. (Cáceres).—Si usted tiene empeño, como dice, en ver su nombre en BUEN HUMOR, ¿por qué en lugar de mandarnos esos artículos tan idiotas no nos envía un anuncio de

"Los pericos de Aranjuez", demuestra que su meollo carece de sensatez.

Aniceto Escámez de la Pezuela (Puebla del Caramiñal). No tiene aprovechamiento honesto.

Joaquín V. (Madrid).—Ya sé yo que escribir con gracia cuesta mucho trabajo. Pero, ¿qué trabajo cuesta no escribir, cuando uno ve que carece de la gracia susodicha? ¿Quiere usted hacer el favor de decírmelo?

P. L. G. (Barcelona).—No nos conformamos con eso. En cambio, usted no tiene más remedio que conformarse con que no nos conformemos nosotros. ¿Qué se le va a hacer! ¿Son las infames desigualdades de la vida!

L. M. M. (Santa Cruz de Tenerife).—Ha tenido usted la rara fortuna de ser admitido con todas sus consecuencias. Por lo tanto, su fantástico artículo será inmortalizado en nuestras seculares columnas en el primer momento propicio que sobrevenga.

R. G. T. (Granada).

Su articulito llegó... A su tiempo se leyó... A todos nos indignó... Y en el cesto, al fin, cayó... ¡Qué horrible tragedia! ¡Oh!

Atlante (Madrid).

El artículo de Atlante titulado "El pretendiente" es unas mijas cargante, un poquito espeluznante y más que un poco indecente.

H. B. C. (Toledo).—Su bajito en verso, no es que nos

haya parecido mal, ni que nos haya parecido carente de salero, ni que nos haya parecido impropio de nuestras columnas. Nos ha parecido, sencillamente, digno de que su autor ingrese en una cárcel sombría y de sólidos muros, y en ella permanezca hasta que nosotros digamos "¡basta!", que no lo diremos mientras vivamos.

Manolo (Burgos).—No sirve.

E. P. L. (Aranjuez).—Sirve menos que el anterior.

J. L. S. (Madrid).—Sirve todavía menos que los precedentes.

Germán (Ulldecona).

Usted, que es un catalán de lo mejor de Ulldecona; usted, que es buena persona, mi distinguido Germán; usted, que demuestra ser un hombre noble y honrado, díganos, vamos a ver, ¿por qué ese cuento ha man-

[dado?...

Porque el susodicho cuento es una cosa que, si no procediera de un caballero tan encantador como usted, habría dado lugar a no sabemos qué clase de agresiones por nuestra parte y de lesiones gravísimas por la de usted.

Pinocho (Huelva).

"El sombrero de tres picos" no vale tres perros chicos; y "La novia muda y sorda" no vale una perra gorda.

D. J. A. (Valladolid).—¿Bromas a costa de los obispos, para que surja un lector catolicísimo y nos haga un cardenal en un rapto de explicable indignación?... ¡Eso, nunca, querido amigo..., a no ser que usted se comprometa solemnemente a recibir la paliza, y lo haga constar así al pie de su artículo, poniendo las señas de su casa y la hora a que usted recibe!



—Regreso de la India, donde estuve cazando tigres, y estoy encantado.

—¿Tuviste mucha suerte?

—Espléndida; no encontré un solo ejemplar.

(De *Il Travaso*.—Roma.)

"MADRID VIENA"

CAMISERIA DE MODA

M. PEÑA

Montera, 41.—Teléf. 16662

esa tienda de comestibles que honradamente regenta? ¡Usted vería en nuestras páginas su nombre y nosotros cobraríamos unas pesetas por la inserción del reclamo, y todos tan contentos! ¡Mientras que, de la otra manera, acabaremos todos disgustadísimos y tirándonos los trastos a la cabeza! ¡Es una cosa fatal!

Rebollo (Salamanca).

La producción de Rebollo



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



LA POETISA.—Mis versos tienen ahora doble número de lectores que antes.

—¡Cómo! ¿Es que te has casado?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. DEMETRIO.—Madrid.